

mexicanos, que los señores profesores iban en el cabús del tren que tripulaban los estudiantes; de manera que, aunque en un momento dado el Movimiento iba a tener una gran fuerza numérica, una gran fuerza de opinión y una enorme energía acumulada, naufragó no sólo por la represión, sino por otros factores de descomposición interna; precisamente por la falta de una doctrina política, de un programa, de una educación cívica de la que, desgraciadamente, tenemos y seguiremos teniendo una aguda falta en México" (p. 144).

¿Qué de extraño tiene que la juventud se haya desorientado, que haya caído en la frustración y la rabia impotente; que al salir de la Universidad se preste a manejos semejantes a los que poco tiempo antes condenaba?

En medio de este ambiente tan adverso a la educación de fondo, por encima de este currículum oculto tan negativo, resalta aún más la figura de Barros Sierra. Supo decir no a los desmanes, supo canalizar las inquietudes, supo permanecer erguido ante los poderosos, supo ser educador con las acciones más que con las palabras. Aún después de muerto, sus diálogos seguirán educando a las generaciones.

*Rodrigo A. Medellín,  
Centro de Estudios Educativos*

**Equipo de Economía y Humanismo, *Options humanistes*. París, Les Editions Ouvrières. 1968.**

Esta obra tiene dos características especiales: la primera es ser el resultado de una reflexión común de los miembros del Equipo de Economía y Humanismo; la segunda, constituir un homenaje a la memoria de L. J. Lebre, fundador de dicha institución en el año de 1941, su director por 15 años y su inspirador y guía permanente.

A lo largo de sus páginas se percibe el espíritu de L. J. Lebre; como que la obra conjunta pretende ser una reflexión sobre los principales ejes de la búsqueda, los trabajos y las actividades de este hombre, cuya

vida fue el desarrollo sorprendentemente homogéneo de un conjunto de intuiciones surgidas de su lúcido contacto con la sociedad de su tiempo.

Los autores consideraron que el mejor homenaje al fundador sería enfocar su reflexión sobre la sociedad de hoy y de mañana, con objeto de verificar la validez de su pensamiento y descubrir los medios más eficaces de proseguir la búsqueda que él iniciara.

Hacen ver, además, que L. J. Lebre se adelantó a su época al dar prioridad a un humanismo vivido sobre cualquier otro tipo de concepciones acerca del hombre. No se acogió a conceptos pretendidamente universales y absolutos, que pasasen por alto el marco geográfico, sociológico y cultural en el que vive el hombre cotidianamente.

El humanismo por el que luchó este hombre de vigorosa y empírica inteligencia, no lo dedujo ni de posiciones filosóficas ni de su convicción religiosa; lo forjó, por el contrario, al contacto permanente con la realidad y en medio de los combates sociales en los que constantemente se encontró comprometido.

Su concepto sobre el hombre se arraigó en la atención prioritaria a ese ser limitado abocado constantemente a la miseria —palabra clave de su itinerario—, esto es, al hombre inmerso en la inseguridad o en la penuria, traumatizado por las crisis económicas, desprovisto de un mínimo de recursos materiales o culturales, explotado por los poderosos o aplastado por ciegas fuerzas colectivas.

Buscar las causas profundas de estos males; mostrar sus mecanismos sociológicos o económicos; denunciar la incuria de los hombres e instituciones responsables; o lo inadecuado de las estructuras obsoletas; o incluso los principios mismos de un régimen económico o las tendencias de una civilización: todo este complejo y a la vez comprometido proceso, fue lo que L. J. Lebre conceptuó como humanismo. Éste fue el que él vivió y enseñó a los numerosos grupos de estudio y acción que organizara a lo largo de su camino.

Analizar sería y metodológicamente esta novedosa concepción del humanismo, averiguar hasta qué punto —desvinculada de las ideologías y adaptada a una socie-

dad en incesante mutación— puede encaminar a los hombres hacia una respuesta, a la vez sólida y práctica, a sus incesantes interrogaciones, tal fue el propósito de esta reflexión común emprendida por Jean Marie Albertini, Edmond Blane, Alain Birou, Robert Caillot, Michel Carnaton y Pierre Viau, integrantes actuales del equipo de Economía y Humanismo.

Como podrá apreciarse después de leer la anterior introducción, la misma era indispensable para comprender la orientación, sentido y alcance de esta obra, que no dudamos en juzgar como especialmente oportuna en nuestros días, en que tantos investigadores y políticos experimentan la necesidad de contar con una visión totalizante y totalizadora que dé unidad y coherencia a sus esfuerzos por esclarecer los problemas de toda índole que aquejan al hombre. ¿De qué puede servir descubrir sus mecanismos, si por falta de una síntesis al menos local y provisoria del hombre, no se puede dar un paso seguro en la operacionalización de soluciones adecuadas?

El libro consta de tres partes: en la primera se muestra en qué y para qué ha experimentado transformaciones la noción de humanismo y qué características podría tener un humanismo para la coyuntura actual. En la segunda se señala el camino propuesto por los autores para elaborar dicho humanismo. En la tercera, que lleva por título: "Opciones humanistas para hoy", los autores proponen objetivos concretos, tanto para las sociedades industriales, como para los que se encuentran aún en proceso de desarrollo, subrayando la importancia de no perder de vista una característica esencial de nuestra época: el pluralismo.

El autor del primer capítulo describe las vicisitudes por las que atravesó el humanismo clásico desde su reaparición en el Renacimiento, hasta su declinación casi total en el siglo XX, cuando se presenta en las sociedades una serie de cambios que no es posible interpretar sino como una reacción contra los valores del humanismo tradicional: rehabilitación de lo biológico por el culto del cuerpo y la práctica del deporte; rechazo de la mayoría de las reglas convencionales

en las relaciones sociales; nuevas formas de expresión artística, etc. El último bastión del humanismo clásico, la Universidad, llega hoy a cuestionar los métodos pedagógicos heredados de aquél, así como la jerarquía de valores hasta ahora respetados. En ninguno de los dominios donde había reinado sin oposición el humanismo clásico ha sobrevivido, después del derrumbe de una sociedad de la que había sido la más privilegiada expresión.

Desafortunadamente y contra todo lo que pudiera pensarse, ningún otro humanismo lo vino a sustituir en esta sociedad industrial tan dinámica y aparentemente tan definida. A la desaparición de los valores clásicos ha sucedido un escepticismo corrosivo sobre las posibilidades de cualquier otro humanismo y hasta sobre las posibilidades de la misma filosofía. Muchos conceptúan ambos como ideologías, con toda la carga peyorativa que conlleva el término. La crisis filosófica es notoria; los filósofos, cuya función tradicional había sido hacer caer en la cuenta a la humanidad de su sitio en el mundo, se han mostrado hoy particularmente incapaces de hacerlo. Son muchas las dificultades con que hoy han tropezado para abrazar la amplísima experiencia humana, como lo habían hecho siempre. La fragmentación del saber, la multiplicidad de las experiencias, la incertidumbre de los pronósticos presentan, al parecer, un obstáculo infranqueable a cualquier esfuerzo de síntesis.

Ante este aparente callejón sin salida, los autores del libro comentado optan por abrirse un camino, y esto en el auténtico sentido de la palabra. Lejos de proponer un modelo, una ideología, un orden, optan por algo que es más que una praxis: un camino que concretiza ideas y permite abrirse paso a través de lo que quedó de nociones tales como hombre, lenguaje, arte, verdad.

De esta suerte, en el capítulo segundo se nos muestra una nueva aproximación del humanismo, la que fuera de L. J. Lebreton. Un humanismo que en vez de preguntarse lo que el hombre piensa sobre su existencia, se pregunte sobre la forma como la vive, y busque el sentido que espontáneamente da el hombre al combate cotidiano que libra para sobrevivir y prosperar.

Un humanismo vivido hoy, fincado en la manera como el hombre actual concibe su condición humana, en los valores a los que da prioridad, y en las finalidades que de manera más o menos confusa propone a sus esfuerzos, y en las aspiraciones que manifiesta y los rechazos que opone. En todas aquellas actitudes, en suma, a través de las cuales muestra la manera como concibe su lugar en el universo, el tipo de sociedad al que aspira, los medios que escoge para la realización de su proyecto. De todas estas reacciones es posible desprender los elementos de un humanismo espontáneamente vivido.

Este humanismo no es un absoluto, ni siquiera puede pretender poseer un carácter de universalidad; no debe confundirse con una ideología; no es tampoco ni una sociología ni una ética ni una filosofía.

Este humanismo es una especie de moral práctica, una determinada manera de ser, consistente en comprometerse con objeto de que el hombre sea debidamente valorado. Es disconformidad y disenterimiento respecto de todo lo que pueda comprometer su libertad, trátase de verdad a priori o de cualquier otra forma opresiva. Exige intervención, esto es acción al servicio de cualquier reivindicación esencial.

De entre sus modalidades prácticas destacan la invitación al diálogo, necesidad experimentada en todos los ámbitos y en todos los niveles; la promoción de solidaridades, y la creación de situaciones en que sea posible la participación de todos en la obra común.

Las ciencias humanas pueden contribuir en esa búsqueda constante de verdad y en ese intento de justificar las opciones que se hagan. Se trata de traducir, en forma razonada y reflexiva, las aspiraciones de los grupos humanos al bienestar y al más valer. Pero también la filosofía está llamada a garantizar la coherencia de esas opciones y a ofrecer su síntesis. Además, también compete a las primeras iluminar, por así decir, el proceso, sea a través del análisis metódico o bien por medio de la sociología, al servirse de ella para lograr una visión de conjunto de la dinámica social.

Los autores son conscientes del límite implicado en este humanismo, a cuyas anteriores características y métodos habría que añadir las aspiraciones de cada grupo nacional, su cultura y tradición histórica. Es obvio que, como se decía antes, no puede de ninguna manera aspirar a ser válido universalmente, pero ello no cuestiona de ninguna manera la metodología propuesta, con la única condición de que ésta se mantenga fiel a la modestia de su propósito. Por otra parte, más que con afirmaciones su posición se integra con interrogantes, y su búsqueda no va a la caza de conceptos, ni siquiera de resultados concretos; es ante todo una búsqueda existencial.

Con profundidad, y a la vez con claridad, el equipo de Economía y Humanismo nos ofrece, condensada, una filosofía práctica que ya está inspirando en el mundo a muchos grupos de acción. Es posible apreciar, en las dos primeras partes del libro que son las que la contienen, una larga experiencia de docencia y de acción cuya eficacia no es posible poner en tela de juicio.

La tercera parte, que lleva por título: "Opciones humanistas para hoy", consta de tres capítulos: el primero está dirigido a las sociedades industriales. El autor del mismo, prestigiado economista y director del Centro Economía y Humanismo, intenta mostrar a su país, y en general a los industrializados, posibles caminos para instaurar en las sociedades de consumo valores auténticamente humanos.

Es admisible la crítica varias veces expresada contra los que reducen los cambios actuales del mundo a la revolución en las formas de producción y de consumo.

Cierto es que hay muchas otras revoluciones en marcha: la de la autoridad, la sexual, la de la comunicación, etc. Pero a nuestro juicio, esto no invalida las soluciones propuestas. La creciente manía del consumo ha hecho surgir infinidad de necesidades ficticias, resultado muchas veces de la manipulación infame que organizan publicistas y comerciantes. El autor clama por un control de esa creación de necesidades, de suerte que el hombre sea así liberado de esta forma de opresión, se ordenen sus

necesidades y se armonice su satisfacción. En segundo término propone promover la responsabilidad, combatiendo las falsas místicas que frecuentemente se introducen en esta materia. Los medios concretos que sugiere son, primero, la renovación de las estructuras democráticas. A este respecto advierte que hoy día, el mito democrático en tanto que utopía dinamizante no ha muerto, pero que sus realizaciones se han desfasado. Las instituciones democráticas, que a menudo no son sino vestigios del siglo XIX, se están haciendo cada vez más formales, y el poder tiende a provocar más la adhesión que la participación. Por lo mismo es preciso reinventar la democracia, y para ello: brindarle una base cotidiana, promover un nuevo marco de vida y dar un nuevo sentido al cuestionamiento. El disentimiento en una sociedad moderna debe no sólo ser reforzado sino institucionalizado.

Por otra parte, habría que volver a despertar en las blandas sociedades industriales cierto gusto por el riesgo. La libertad en materia de relaciones sociales e interpersonales se logra a través del diálogo y del reconocimiento de la absoluta libertad del otro; pero este reconocimiento va acompañado fatalmente de riesgos, de contradicciones y fracasos. Es preciso que las gentes vuelvan a captar el sentido de una sociedad en la que no todo se da desde arriba, sino en la que es preciso comprometerse y dialogar para obtenerlo; en donde es preciso escoger entre diversos destinos y no simplemente defender los derechos adquiridos.

Una atención especial a la educación constituye el tercer medio de promover la responsabilidad. Las críticas y el malestar persistente no han sido eliminados con una cascada desordenada de reformas de la enseñanza y de tímidas experiencias pedagógicas. Es preciso descubrir la forma de adaptar la educación a las exigencias de la sociedad del mañana. Un sistema educativo ha de reflejar la escala de valores sobre los que debe descansar el tipo de sociedad que se desea.

Algunas investigaciones han permitido esbozar lo que podrían ser algunas opciones humanistas en el dominio de la educación.

En primer término la educación permanente. La aceleración del progreso técnico es prodigiosa. La vida de las técnicas es mucho más corta que la vida activa de un trabajador. A lo largo de ésta, un trabajador se encuentra cada vez más enfrentado a métodos de trabajo desconocidos en su juventud. El cambio de orientación profesional ya no es un accidente sino una etapa en la vida humana. Por lo mismo, la formación ya no es monopolio de la edad escolar; las grandes oportunidades, en un futuro próximo, se encontrarán en el dominio de la educación.

Hay también una renovación del interés por la cultura general. Aquéllos cuya formación fue demasiado especializada se sienten, en efecto, cada vez más ineptos para hacer frente a las nuevas situaciones. Una cultura general y gratuita es una imperiosa necesidad para sostener el peligro de preparar sólo a productores eficaces y servidores dóciles de los grandes conjuntos técnico-económicos, a la vez que a ciudadanos satisfechos de sociedades opulentas. Por último, ya se aprecian serios esfuerzos por elaborar humanidades modernas, en las que se daría un sitio preferente a las formas de expresión que permiten los medios masivos de comunicación, a los conocimientos económicos, sociológicos y psicológicos y al trabajo en equipo. De reforzarse esta tendencia, el hombre tendrá mucha más capacidad para desempeñar un papel activo en la sociedad moderna.

La tercera proposición es ampliar la solidaridad. La unidad de hecho surgida a nivel mundial por el progreso técnico, no se ha traducido en una verdadera solidaridad. No sólo los países ricos explotan a los pobres, sino que en el seno mismo de los primeros subsisten zonas de pobreza, a veces extrema. Precisa emprender esfuerzos más realistas para superar una situación, a la vez, humanamente intolerable y políticamente explosiva. Es cierto que gradualmente se ha ido abriendo camino la idea de que es preciso llegar a una economía que, por su propio dinamismo, no sea causa de la pobreza. De esta suerte se impone poco a poco la convicción de que el desarrollo no es sólo cuestión de asistencia; debe desembocar

en estructuras económicas y políticas que permitan al hombre vivir de su trabajo. Ello supone el indispensable cuestionamiento de la sociedad de consumo que, entregada a ella misma, traumatiza a las sociedades pobres y multiplica en su propio seno la riqueza residual. Es necesario frenar ese otro imperialismo cultural que divulga los estándares de la imaginaria de Hollywood, y que ha provocado en pequeñas minorías de los países subdesarrollados un consumo opulento e insultante, antes de que haya suficiente pan para todos; el efecto no puede ser otro que el bloqueo del crecimiento. Es obvio que no podrá impedirse la difusión de los modelos de la sociedad rica; así ha sido siempre. Lo que debe hacerse es transformar esos modelos atacando las estructuras y los dinamismos de las sociedades ricas. A toda costa es preciso emprender la lucha contra la pobreza tanto a nivel internacional como a nivel nacional.

Se comprenderá fácilmente que con este enfoque los equiperos de Economía y Humanismo pueden seguir hablando de desarrollo. El concepto empleado cuando surgió Economía y Humanismo, para definir lo que debía entender por una Economía Humana, fue el mismo con el que se definió el desarrollo integral armonizado, cuando L. J. Lebrez fundó en 1958 el Instituto de Investigación y Formación para el Desarrollo (IRFED): "... las etapas sucesivas que permiten a una población determinada, pasar de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas, al ritmo más rápido posible, al costo menos elevado posible". Conceptuado así el desarrollo, con una prioridad absoluta del ser y del valer sobre el tener, como tantas veces lo explicó Lebrez, involucra un proceso genuino de liberación el ser humano.

Sobre esa línea se ofrece el penúltimo capítulo del libro Proyecto y praxis del desarrollo, brillante ensayo de Alain Birou en el que, sin embargo, nunca llega a perderse el sentido de la realidad. El desarrollo, se dice, "es un fenómeno y un problema cuyo tratamiento requiere nivel mundial, so pena de no haber solución". De aquí se desprende la base más firme para un radical cues-

tionamiento de la civilización de consumo. Precisa: limitar las necesidades superfluas; orientar la investigación tecnológica; suscitar el ahorro solidario; crear un socialismo de producción (para cubrir las necesidades a nivel planetario) y no un socialismo de distribución para las necesidades nacionales; por último, lograr un gran concierto de las culturas en el combate común por el desarrollo. Se hace una presentación excelente del hecho histórico del desarrollo, en todas sus dimensiones y en su significación moral. El reto más formidable propuesto a la humanidad de hoy es el descubrir al hombre del siglo XXI.

El autor no ve expedito el camino. La vía legal es inexistente. Por otra parte, es impensable esperar una modificación de la división internacional del trabajo. Llega, por lo mismo, a legitimar la rebeldía; se ha convertido en un deber, pero el problema es que son muy pocos los partidarios convencidos de esta solución planetaria; en realidad un pequeño grupo de adultos dispersos y numerosos jóvenes, todos son los medios requeridos. Es por consiguiente de gran urgencia sacudir a todos los medios responsables y muy especialmente a los medios científicos, los que se encuentran frecuentemente en la génesis del progreso y del poder. Urge también sacudir a todas las instituciones que tienen por tarea ser guías de la conciencia colectiva: Iglesia, Universidad, medios de información. Cuestionar es la gran tarea de hoy.

El último de los capítulos nos hace reflexionar sobre otra de las realidades que deben tomar en cuenta quienes se suman a las filas de los constructores de un mundo más humano: el pluralismo. En breve recorrido por la historia, el autor nos muestra que no obstante la tendencia a considerar el pluralismo como una invención moderna, es un hecho que en todos los periodos de la historia, los hombres han tenido opiniones muy diversas sobre su existencia personal y colectiva. Sin embargo, desde el imperio romano hasta el marxismo, en numerosas ocasiones han surgido movimientos unificadores que han aparentado poseer el poder de convicción deficiente para reducir las di-

versidades y realizar la unidad. Al final de cuentas, empero, estos intentos universalistas y unificadores resultan objetivamente irrealizables, sean cuales fueren las convicciones subjetivas de sus defensores.

Una ideología única y totalitaria es imposible. Las ciencias, no obstante, proporcionan las bases de un lenguaje común entre todos los hombres, destacan también las divergencias de apreciación y las oposiciones de intereses. Pensar en un fundamento religioso único sería olvidar que las religiones, y muy especialmente la cristiana, cobra cada vez más conciencia que la fe es por naturaleza un acto personal y libre y que en ninguna forma puede ser impuesto. ¿Y el sentido común, del que se dice ser la cosa mejor repartida en el mundo? Basta un poco de sentido crítico y de lucidez para percibir, en el tiempo como en el espacio, la gran diversidad de reacciones espontáneas que muy difícilmente concuerdan con aquél.

El pluralismo es una realidad inevitable, pero que de ninguna manera impide la coexistencia social: de cualquier modo, se deben tomar decisiones y debe mantenerse cierta cohesión; de lo contrario la sociedad se disgrega. Para que un Estado subsista, es preciso lograr que la diversidad no sea total y que los ciudadanos muestren una voluntad mínima de vivir juntos. El autor entra de lleno al tema de la acción política y muestra que la única solución eficaz es la auténtica participación democrática. El papel del poder es conciliar voluntades; sólo a través de esta acción se torna verdaderamente eficaz. Pero sólo lo logra en la medida en que brinda una participación democrática efectiva.

Por otra parte, el juego normal de la pluralidad de opiniones en un régimen de participación es altamente positivo, puesto que obliga a unos y otros a mantener abierto el abanico de los posibles.

De todas maneras, tanto el cobrar conciencia y rendirse ante la realidad del pluralismo, como el reconocer los riesgos que implica de enfrentamientos estériles o pragmatismos sin contenido, y las dificultades para que se dé una verdadera participación

democrática, son otros tantos retos a la libertad.

*Jorge Muñoz Batista,*  
*Centro de Estudios Educativos.*

**Gutiérrez, Francisco, *El lenguaje total en el proceso de la educación liberadora.* Bogotá: Confederación Latinoamericana de Educación Católica y Secretariado para América Latina de la ocic. Segunda edición, 1971.**

El término Lenguaje total se menciona ya con frecuencia entre los maestros y directivos de los diversos niveles educativos en México, a raíz del seminario que sobre este tema organizó el Centro de Estudios sobre Métodos y Procedimientos Avanzados de Educación (CEMPAE) en julio de este año y dirigió el autor de este libro, varias escuelas han comenzado a aplicar la metodología del Lenguaje Total. Su aceptación ha sido sorprendente.

Fundamentado en las ideas originales de Marshall McLuhan y sus seguidores y siguiendo los principios enunciados por Antoine Vallet, creador del Lenguaje Total, el autor presenta en este libro los supuestos teóricos, los objetivos y la aplicación concreta de la metodología del Lenguaje Total.

Sostienen estos autores que los cambios sociales bruscos y las crisis consecuentes que vivimos en la sociedad actual son primordialmente causados por el paso de un tipo de comunicación (oral y escrita) a otro (de imágenes y sonidos). Esta transición ha traído consigo un nuevo tipo de hombre, de lenguaje y de culturización. El ambiente vivencial del niño en la actualidad es totalmente distinto al de la escuela tradicional. Los nuevos medios de comunicación social producen una hipersensibilización, ya que su forma de percepción es sensorial. Por esta razón, el estudiante actual no está motivado para participar en un tipo de educación racional y verbalista. En la actualidad, la comunicación oral y escrita resulta insignificante si se le compara con los demás medios.

La era de la escritura y la imprenta —con su resultante proceso de abstracción,